

PRIMERA PARTE.

Para probar, hermanos míos, cuan absoluta es la necesidad que tenemos de no abandonar ni un solo instante la Cruz de Jesucristo durante el curso de la vida mortal, no necesitamos por cierto de buscar estudiados hipérboles, ni de pedir á la elocuencia su colorido y sus formas: basta saber, que la inconstancia en los caminos de la salvacion es el hecho importante que derrama toda la luz de la evidencia para explicar esas verdades terribles, con que nos amenaza nuestra Madre la Iglesia, cuando abre á nuestra vista las Santas Escrituras. El sepulcro, hermanos míos, es una urna misteriosa en que se revuelven los destinos inciertos de toda la especie humana. De aquí esa mezcla prodigiosa de temores y esperanzas que produce tan diversos y aun contrarios efectos en el carácter, en las ideas y en los sentimientos del hombre: de aquí las fuertes y terribles alarmas que el pensamiento de la muerte suscita hasta en el corazón de los justos; de aquí el empeño que tuvieron los paganos en embellecer la tumba, el conato loco de los impíos en atacar el cristianismo, y el afán de los pecadores en aturdirse, para no reflexionar seriamente sobre el inevitable término de todas las grandezas humanas. Una cosa pues hai que esperar, y otra que temer en nuestro advenimiento á la última morada: *la perseverancia final*; he aquí el bien mas precioso que se puede desear: *la impenitencia final*; he aquí el mas terrible y funesto accidente que se puede temer. Se trata pues del soberano bien, y del

último mal: ¿cuál debe ser nuestra conducta? Aproximarnos con avidez al primero, y alejarnos constantemente del segundo. ¿Cómo conseguir uno y otro? No hai mas que un solo medio, y es la *perseverancia cristiana*: he aquí mi pensamiento.

Hai en la mente divina un registro misterioso donde están indeleblemente escritos desde la eternidad los nombres de aquellos que han sido reservados en la predileccion del Altísimo para recibir sus promesas y disfrutar su gloria. ¿Podremos lisonjearnos, todos ó algunos de los que nos hallamos aquí, de pertenecer á tan dichoso número? Este es precisamente el secreto que Dios no ha querido revelar á ninguno de los que hacen su peregrinacion por este valle de lágrimas. ¡Sabio y maravilloso arcano, que mantiene la vigilancia, y engendra con la humillacion las grandes virtudes que ilustran los fastos del cristianismo! Nadie pues afirmaria sin una criminal y osada presuncion, que pertenece á la grei escogida. Pero el Señor ha querido al mismo tiempo dejarnos conjeturar nuestra suerte, y aproximarnos al convencimiento por las reglas infalibles de la fe; y esta certidumbre moral no puede levantarse, por cierto, sino sobre la sólida basa de la perseverancia continua. „Sed fieles hasta la muerte, nos ha dicho por su Evangelista San Juan, y yo os daré la corona de la vida.” *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ.*¹

He aquí una formal y solemne promesa hecha por el dueño absoluto de la gloria, y directamente encaminada á sostener y fundar las esperanzas de aquellas almas felices que perseveran en los caminos estrechos y difíciles de la virtud. Cada momento, cada hora, cada mes, cada

(1) Apoc. cap. 2. v. II.

año que contemos de fiel observancia de la lei del Señor, son otros tantos grados de probabilidad que tenemos para esperar aquella última y preciosa perseverancia que realizará nuestra felicidad eterna.

Por otra parte, los dias que cuenta el hombre de perseverancia son incuestionablemente una suma gloriosa de triunfos graduales obtenidos sobre sí mismo, sobre el demonio y sobre el mundo. En la carrera de la perseverancia no se camina sino sobre trofeos y por una brillante línea de victorias. El que lleva mucho tiempo de fidelidad al Señor, está ya mui experto en el arte de esta guerra, mas difícil que la que sirve de teatro glorioso á los heroes del siglo, goza ya de una reputacion inmensa entre los enemigos que le combaten, les humilla y derrota con increíble facilidad, y tiene tantas armas poderosas cuantos hábitos felices ha conseguido adquirir en el campo de los combates. No podria sin temeridad llamarse invencible, pero tampoco lo pretende; y nadie por lo mismo está mas léjos que él de esa confianza inexperta que precipita de ordinario á los incautos que no han luchado todavía con los embates furiosos de una deshecha tempestad. ¡Pero quién está mas fundado para recibir la última corona? Él incuestionablemente, hermanos míos. En los combates del espíritu el valor, la destreza y la seguridad errecen con los triunfos, mui de otra manera que en los encuentros de los hombres. El guerrero ya envejecido podrá retirarse á gozar de sus memorias; mas nunca precipitarse sin riesgo en el peligroso conflicto de las armas. ¡Cuántos motivos de consuelo no tiene pues el verdadero cristiano, que cuenta ya muchos años de ofrecer al Señor el humilde holocausto de sus virtudes y de su penitencia! Temblará siempre, no hai

duda, cuando fije sus ojos en la perspectiva de la eternidad, y contemple la severidad de los juicios del Señor; porque sabe que nada nos aleja del buen camino tanto como la presuncion; que está mandado que obremos nuestra salud con temor y con temblor: pero, ¡con qué aliento, con qué tranquilidad y confianza invocará constantemente las misericordias de su buen Padre, y le pedirá su parte en la rica herencia que aseguró desde las cumbres del Calvario á las almas fieles y á la virtud sublime de la penitencia!

Apelad á la experiencia, consultad á la historia: una y otra se adunan para confirmarnos á todos en la verdad y exactitud de este concepto. ¡Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los hombres no ha experimentado alguna vez en los demas, y aun en sí mismo, la influencia irresistible de esta grande verdad? Preguntad á esa vírgen modesta la causa de tantas prendas felices que la grangean los miramientos debidos al pudor y á la virtud: preguntad á ese jóven recogido, que vive y crece entre las consideraciones de la sociedad y las bendiciones de Dios, el secreto de esa paz inalterable, de esa vehemente inclinacion al bien, la cual se revela hasta en el menor de sus procedimientos: preguntad á ese grave y prudente varon, que sigue sin esfuerzo el curso de sus relaciones domésticas y sociales, guardando en todo la justicia, y al través de cuantos obstáculos le oponen sus enemigos, el porqué de ese maravilloso incremento de fuerza y de luz que se nota diariamente en el animado cuadro de su conducta; preguntad á ese anciano respetable, que ve sin zozobra recogerse de continuo el círculo de la existencia, y camina lentamente á la tumba precedido de la fe y seguido

†

de la esperanza, el misterio de esa paz inefable que constituye sus delicias, dejando traslucir la imágen bella de la inmortalidad por entre los vestigios del tiempo y las señales venerables que anuncian la última época de la vida. ¡Ah! no encontraréis ni uno solo que señale y fije *la casualidad* como la causa ú origen de tantos bienes. Todos os dirán que, habiendo sorprendido la imágen de la virtud entre los primeros albores de la vida, ó asídase de ella mediante la penitencia, no quisieron perderla nunca de su vista y de sus brazos; que siempre la han contemplado y poseído; que todo lo han reputado por nada en comparacion de ella, y que ningun sacrificio les ha parecido costoso á trueque de conseguirla y conservarla. Ellos os hablarán de tentaciones y resistencias, de ataques y evasivas, de guerras y de triunfos: ellos os dirán cómo las dificultades han ido cediendo con la constancia, y como son mas esforzados y expeditos á medida que se muestran mas adictos á la virtud, mas enemigos del vicio, mas vigilantes y precavido, mas recelosos de sí mismos y mas confiados en aquel que los conforta, como dice San Pablo.

¡Feliz mil veces, hermanos míos, el hombre que acertó á comprender el precio de la constancia desde los primeros dias de su penitencia! ¡Mas feliz aquel que, apoderándose para el bien de tan útil y santo conocimiento, no ha vacado ni solo un dia de la empeñosa tarea de su purificacion y santidad! Estas almas privilegiadas, subsisten á la vista del mundo, para dar un testimonio vivo y constante de la verdad que os predico. Bátales referir la historia de una vida pasada toda en luchas y vencimientos, para demostrar palmariamente, que la constancia en el bien es un argumento de la perseverancia

final, y por tanto, un signo moral y dulce de predestinacion.

Abrid, si no, hermanos míos, la Historia de los santos: hallaréis en ellos, es verdad, una muchedumbre de diferencias, segun las virtudes que resplandezcan en cada uno, bien así como segun el grado mayor ó menor de elevacion á que hayan ascendido en esta mística escala de perfeccion y beatitud; pero siempre notaréis en todos una cosa que les es comun, conviene á saber, la constancia mas heroica en los caminos de la eterna salud. Advertid con cuidado el empeño, la solicitud, el celo, la vigilancia, la oracion, la penitencia, los sacrificios, las austeridades, las humillaciones, y todo lo que piensan, hablan y practican en la carrera de su vida; notad esa delicadeza de conciencia, ese no interrumpido cuidado consigo mismos. No perdonan medio, no desprecian peligro, no se permiten tregua: miran cada uno de los dias que vienen como el principio de su carrera: creen que no han hecho nada, miéntras algo falte por hacer, y saben que mucho queda por hacer miéntras el hombre respira. Observad, por último, cómo cada uno crece en virtudes cuanto adelanta en años, cómo no pasa una fraccion del tiempo sin marcar un adelanto, hasta que llega ese dia en que, ligeros como la mariposa entre la cubierta de la carne, se lanzan al cielo sin volver atras la vista, sin inquietud y sin zozobra.

Nada mas natural. Sabéis que nadie se mueve en ningun sentido sin una fuerza impulsiva; que al vicio nos impelen las pasiones desenfrenadas, y á la virtud el concierto de la naturaleza con la gracia. ¡Qué se infiere de aquí? Que si en los santos hai un continuo progreso, un ascenso no interrumpido por la escala que con-

duce á los cielos, es porque las fuerzas de la naturaleza y las fuerzas de la gracia están siempre, no hai duda, en razon directa de nuestra constancia en los caminos de la salvacion.

Pero en fin, entrad en vosotros mismos, consultad bien á la historia de vuestro propio corazon: ¿no seréis vosotros, católicos, los testigos mas irrecusables de esta importante verdad? ¿Cuándo os habéis encontrado mejor? ¿Cuándo ha sido mas intenso en vosotros el sentimiento de vuestra fuerza para luchar con vuestros enemigos? Bien recordaréis, que en aquellos periodos felices de solicitud y frecuencia, de recogimiento y vigilancia teniais de vuestra parte recursos que fueron desapareciendo á medida que se apoderaba de vosotros la inercia del espíritu. No habréis echado en olvido aquel disgusto habitual contra todo lo que pudiera frustrar los progresos de la virtud, aquel pundonor del carácter, aquella reserva del corazon, aquel gusto exquisito por todas las cosas santas, aquella impaciencia por adelantaros á la perfeccion, aquella rareza de vuestras caidas, aquella presteza para levantaros, aquella desazon que se apoderaba de vosotros al disminuirse la caridad, y aquellas dulces y copiosas lágrimas de arrepentimiento y amor con que os dirigiais á la piscina sagrada, y volviais al retiro doméstico siempre que se trataba de purificaros. Sí: vosotros sois los mejores testigos, y el sentimiento es mas fuerte que la razon, para persuadir estas verdades.

Y qué, ¿no vendrá la fe á confirmaros en esta dulce esperanza? ¿Contáis por ventura con el único apoyo de vuestra pobre y limitada razon? Ah! Dios, que todo lo recompensa, hasta la última lágrima que se desprende de nuestros ojos, abre sin medida los tesoros de su gracia,

y la otorga siempre con exacta proporcion á los merecimientos de cada uno. Esta es una verdad en que nos asegura la fe. Con igual certidumbre debemos entender que la perseverancia final es la perseverancia del albedrío en la sujecion á la lei, y la perseverancia de la gracia sosteniendo y dirigiendo hasta el fin el albedrío. ¡Qué de bellas y profundas instrucciones no nos ministran sobre esta importantísima verdad las Santas Escrituras! Al través de los mismos acontecimientos que solo afectan al parecer el orden de las cosas humanas, descubrimos el pensamiento de Dios; porque en los sucesos del antiguo pueblo todo es figurativo, como bien lo sabéis. Recordad pues algunos de los muchos ejemplos que dejaron á nuestra imitacion sus personajes ilustres, y veréis lo que importa para vuestras esperanzas la permanencia constante del corazon en los senderos de la virtud. José *persevera* en resistir las sugerencias deshonestas, y lleva juntas las coronas de la castidad y de la gloria.¹ Moises *persevera* en su rendida oracion al Dios de los ejércitos, y los israelitas reportan la mas brillante victoria;² David combate y rinde á Goliath con su constancia imperturbable:³ Joab insiste en el sitio de Rabbat y toma á discrecion la ciudad enemiga:⁴ Nehemias se sobrepone activo y perseverante á todos los obstáculos, y reconstruye los muros de Jerusalem.⁵ ¿Qué es, hermanos mios, la vida de Job, sino la mas sublime personificacion de la perseverancia? ¡Ah! todo nos predica esta virtud, todo nos muestra su excelsa primacía entre cuanto se dirige á realizar la felicidad.

Pero, ¿qué necesidad tengo de apelar á las personifica-

(1) Gen. cap. XXXIX, v. 10.—(2) Exodo XVII, 11, 12.—(3) Reg. XVII, 28, 33 y 51.—(4) II Reg. XII, 26.—(5) II Esdr. cap. IV.

ciones, símbolos y figuras, cuando Jesucristo Señor Nuestro quiso ser tan explícito en este punto? Todo cuanto dijo á sus discípulos en la célebre pascua es una exhortacion amorosa que les hace para que sean constantes en la práctica del bien. Todas sus promesas se refieren á la constancia: sus tesoros son para el que persevera. *El que permanece en mí*, decia, *ese da mucho fruto.*¹ ¡Qué pensamiento, católicos, tan sublime y al mismo tiempo tan sencillo! *El que permanece en mí*, es decir, el que sinceramente lo abandona todo por seguirme, el que no reconoce un bien comparable al que produce mi compañía, el que no codicia otros tesoros que los míos, el que no busca otros goces que los de mi amor, el que no adopta otras máximas que mi Evangelio, ni sale jamas de mis preceptos, *ese dará muchos frutos*, esto es, frutos de sabiduría, de fortaleza, de bendicion y de imperecedera ventura, frutos en el tiempo, frutos para la eternidad. „Si permaneciereis en mí, si mis palabras se conservaren en vosotros, añade, pediréis cuanto quisiereis, y os será concedido ¡Qué promesa! ¡pedir lo que queramos, con el derecho que nos da para esperarlo la palabra omnipotente de todo un Dios! ¡Y porqué Jesucristo es tan amplio y magnífico en esta sublime promesa? porque en la constancia de los justos brilla la gloria del Dios sobre la tierra; porque en la perseverancia de los justos se perpetuan los frutos del Calvario y se sostienen las esperanzas de la nueva Jerusalem. *En esto es glorificado mi Padre*, dice Jesus, *en que deis muchos frutos, y en que seais hechos mis discípulos.*²

De este modo, católicos, la constancia nuestra en los caminos de la salvacion es un argumento práctico de

(1) Joann. XV., 5.—(2) Joann. XV, 8.

que vamos acercándonos á este bien supremo que consiste en la perseverancia final. ¡Qué mas se necesita, para reunir nuestras fuerzas, dar curso libre á nuestro dolor, y resolernos definitivamente desde hoy á seguir con fidelidad la carrera de los santos? Pero si esto no basta, convertid á otra parte vuestra vista, y ved en la inconstancia el último grado de certidumbre que en el órden previsivo puede adquirirse, para concluir de ella el último y mas horrible de todos los males, *la impenitencia final.*

¡Verdad terrible y amarga; pero evidentemente comprobada, infalible, y por desgracia mui olvidada en el mundo! ¡despreciada sin cesar, y hollada miserablemente con la conducta de la mayor parte de los hombres! Sin embargo, ¡qué cosa mas naturalmente inferida? ¡Cuál tiene mayor número de apoyos? ¡Dónde se puede hallar un concurso mas unánime de la razon, la experiencia y la fe? Para negar, señores, que la impenitencia final es una consecuencia precisa de la inconstancia, nada ménos se necesita que renunciar á la razon, á la historia y á la Escritura Santa.

Basta, señores, tener una idea de la naturaleza humana, para ver á toda luz, que la impenitencia final es casi siempre un resultado infalible de la inconstancia en los caminos de la salvacion. Bien es cierto, que sin la gracia nada podemos hacer; pero tambien lo es, que la gracia será estéril en nosotros, si no halla de nuestra parte esa cooperacion activa y eficaz que Dios ha prescrito como una condicion indispensable para nuestra perfeccion y felicidad. Bien sabéis, y aun es un proloquio vulgar, que el hábito es una segunda naturaleza; y por lo mismo, quien está dominado por el poder del hábito tiene con-